

aquellos que no han recibido la última mirada de una madre en el momento de la muerte. Ese pálido y triste rayo del sol en el ocaso, está lleno de consejos de virtud y de promesas de inmortalidad. Si en el momento de cometer una mala acción ó de abrigar una mala idea, os acordáis de que tenéis en el alma esa mirada bendita, que os pide una imitación de sus virtudes y de su amor para encontraros en otra existencia más serena; si os acordáis de que lleváis ese tesoro en el alma ¡oh! no queréis, no, mancharlo ni con una sombra. Para apreciar el valor de la virtud, es necesario ver morir, en su divina serenidad, una madre virtuosa. Para creer en la inmortalidad, es necesario estudiar la muerte. La que reservó la naturaleza á la madre de Byron fué violenta, como había sido su carácter. Estaba ya enferma cuando un mueblista le presentó una crecida cuenta por arreglos hechos en su menaje. Tomó una gran pesadumbre y le sobrevino una apoplejía que la mató como un rayo. No se vieron hijo y madre en esta hora suprema. Cuando llegó Byron, se asentó inmóvil á la cabecera del ataúd. Un sollozo amarguísimo salió de su corazón, reprimido pronto por su indomable voluntad. El joven poeta siguió las costumbres de los pueblos meridionales, que no tienen valor para acompañar los seres amados hasta el pie de la fosa, como hacen los franceses y los ingleses. Cuando el cadáver hubo salido de la casa, invitó á uno de sus criados á sostener con él esas apuestas y esas partidas de puñetazos frecuentes en Inglaterra. Buscaba en estos ejercicios del cuerpo una distracción á las tristes ideas de su alma; pero pronto, rendido á la fatiga moral, é incapaz de sostener su fingida serenidad, se encerró en su cuarto y se entregó al torrente de sus lágrimas. Los eslabones de la cadena de la vida se rompen con admirable facilidad. Los tres amigos más queridos de su infancia murieron por aquellos días. El que más lloró Byron fué Edleton, corista de Cambridge, niño de figura celestial y voz dulcísima, que ya anunciaba desde los primeros años no ser en el mundo sino una fugaz aparición, como las ilusiones, como las flores, como las mariposas. Fué tanta la angustia del poeta, que redactó un testamento como si no creyese imposible sobrevivir á los rudos golpes de la horrible adversidad. Escrito de su mano, tenía el testamento un laconismo trágico. Repartía todos sus bienes entre los legatarios legítimos. Imponía como una obligación imperiosa un destierro modesto, oscuro, para su cadáver en el jardín de Newstead; pero sin molestar ni incomodar á su perro allí enterrado. Sus nervios se rompían como las cuerdas de una lira demasiado tirantes. Pasaba sus días en una languidez cercana de la muerte, y sus noches en una somnolencia cercana de la locura. No tenía refugio en su hogar desierto, en el corazón de sus amigos, ya todos muertos, en el fondo de su pensamiento, más triste que todos los sepulcros. La mujer, á quien amara, en brazos de otro. El hijo de esa mujer idolatrada, que debiera ser su hijo, atormentándolo con sus besos, con sus caricias, que le recordaban la fortuna de su rival. Todo el aire atmosférico en torno suyo negro, toda la tierra bajo sus pies desierta, todo el pensamiento una tempestad, todo el corazón una llaga.

Entonces, desesperado, preguntando, como Job, el origen de tantos males apenas comprensibles, juró entregarse al mundo con furor y en el mundo al crimen. Y entró en la vida social nuevamente con una maldición en los labios, pero con la bondad en el alma.

Los tres años subsiguientes á la muerte de su madre, fueron los tres años de la gloria de Byron. Sin duda es el período más dramático, pero también más desconocido de su vida. Las Memorias que el poeta había escrito en estilo superior al estilo de sus versos, si nos guiamos por algunos fragmentos, esas Memorias, que debían ser uno de los más seguros testimonios históricos de la época han desaparecido por la gazmoñería de la aristocracia inglesa, pintada allí, como suelen los grandes pintores, al desnudo. Un día Byron estuvo á punto de tener un duelo con Moore, poeta irlandés. El duelo concluyó en un banquete. De este banquete salieron Byron y Moore amigos. Esta amistad fué ya inmortal en el corazón del poeta, y le obligó á entregar sus Memorias á Moore. Pero Moore, este irlandés astuto, de helado corazón, deseoso de frecuentar la alta sociedad; incapaz de decir una verdad, poseedor de secretos inmortales en que representaban varios cómicos ó trágicos papeles diversos grandes señoras de alto nombre, rompió aquel espejo donde se veían la faz del poeta y la faz de su tiempo. Así es que no tenemos la clave de muchos sucesos, la fuente de muchas ideas, la narración de muchas aventuras; no conocemos bien los tres años genésicos de la vida de Byron. Por mil ochocientos doce se instala en Sain-James-Street, número 8, en el corazón de Londres. Estaba en el esplendor de su gloria, en la irradiación más luminosa de su varonil hermosura, en aquella época de lucidez mental en que sus labios despiden oráculos, sus miradas imperioso magnetismo. Aquel hombre tenía transparencia en la frente. Veíase en sus ojos chispeantes y de color indefinible, una luz inmortal. Todo cuanto se ha modelado para expresar el genio, antes ó después de él, se le parece, desde el Apolo de Belvedere, hasta el busto de Napoleón por Canova. Aún recuerdo el día que ví este busto en una de las mesas del maravilloso palacio Pitti, en Florencia. El busto no es un retrato, sino una apoteosis. El escultor ha visto el Napoleón de Manzoni con el genio, la gloria, el heroísmo, la inmortalidad, la inspiración sobre su frente, el mundo á sus pies, dos siglos batallando á su lado, y cubriéndose las sienas con sus relámpagos. Los escultores de los grandes tiempos del Imperio Romano esculpían así los Césares, cuando deseaban levantarlos á los altares de la inmortalidad. Es aquella la cabeza de Dios. Pues bien: no lo querréis creer; imaginé al pronto, por el parecido, que era la cabeza de Byron. Acaso no sea posible pintar ó modelar el genio, sin pintar ó modelar algunos de los rasgos de esa fisonomía verdaderamente apolina donde la inspiración ha dejado sus inmortales resplandores. Esta savia de juventud y de genio brotaba en escritos y en discursos. Byron entró nuevamente en la Cámara de los Lores y pronunció tres oraciones. En las tres mantuvo la causa justa por excelencia, la causa de los oprimidos. Jamás la palabra humana, ese don de los dones, podrá tener empleo tan glorioso

como el de consagrarse al servicio de la justicia. Así muestra que no hay en la naturaleza música comparable á la música de la palabra, cada una de cuyas notas es una idea, ó cada una de cuyas ideas la semilla de un mundo. Mancharla con el sofisma, es un error; pero mancharla con la adulación, es un crimen. La elocuencia es la trompeta de un ángel que llama al Juicio de Dios á los tiranos, y abre los cielos infinitos de una nueva vida. Byron tenía todas las facultades del dolor, todas: sensibilidad, imaginación, idea, voz flexible, respondiendo á los varios tonos del pensamiento, palabra abundosa, claras nociones de justicia. Solamente le faltaba fijeza de vocación. Su ingenio inquieto le llevaba á otras cimas del arte, donde su sobresaliente individualidad pudiera desarrollarse en todas direcciones sin ningún obstáculo. Byron necesitaba valor. Su alma se creía demasiado cerca de la tierra en la tribuna. Y allá, en la poesía, desarrollábase en toda su plenitud. Pero los tres discursos que de él nos quedan, sin ser extraordinarios, nos obligan á lamentar que sus grandes desgracias le arrojaron de Londres, y, por consiguiente de la tribuna británica, antes de haber dado mayor desarrollo á sus facultades. El primer discurso tenía por objeto impedir la promulgación de una ley cruel contra los trabajadores, que, acosados por el hambre, destrozaban las nuevas máquinas con las cuales se obtenían ahorros de brazos. El segundo tenía por objeto sostener la emancipación de los católicos, perseguidos por la intolerancia protestante. El tercero presenta una queja al Parlamento del mayor Cartwright, jefe de la liga para la reforma parlamentaria, molestado por la policía en su radical propaganda de estos principios; parlamento anual, voto para todos los ciudadanos. De suerte que en todas las cuestiones que aún agitan á Inglaterra, en el problema del trabajo, en la emancipación de los católicos, á cuyo término vamos á llegar, gracias al empeño de Gladstone, y en la reforma electoral, Byron ha dejado huellas de su genio, defendiendo siempre la causa de la libertad. El mundo lo arrastraba en sus torbellinos y en sus pasiones. Gustábanle á la sociedad extraordinariamente las poesías de Byron, pero asediándolo de continuo con sus seducciones, apenas le dejaban tiempo al poeta para escribir otras nuevas. Aseméjase la sociedad á esas gentes que para mirar ú oler una rosa comienzan por arrancarla de su tallo. Ignora que toda grande vocación necesita un culto continuo y casi exclusivo. El éxito de *Childe-Harold* fué extraordinario. Inglaterra sentía su tristeza en aquella sublime tristeza; su genio aventurero en aquella odisea del occidente al oriente de Europa; su orgullo nacional en aquellos cantos consagrados á la guerra contra Napoleón; y al pensamiento de su siglo en aquella alma gigante, que tenía á pesar de sus dudas, un recuerdo para todos los sacrificios y una simpatía para todas las heroicidades de la Historia. Hubo en torno suyo una tempestad de entusiasmo. Los ingleses, á fuerza de abrazos, sofocaban á su ídolo. Byron no podía respirar en aquella copiosa lluvia de flores. No hubo sociedad, no hubo salón que no quisiera su presencia; no hubo ni hombre ni mujer célebre que no buscara su amistad. Los mismos á quienes

había más despiadadamente flagelado en sus sátiras, le perdonaban todo y hasta enorgullecíanse de aquellas heridas causadas por la lanza del joven dios de la poesía. El año de mil ochocientos trece fué un año triunfal. En él vió levantarse como un sueño el templo de su gloria, y vió á la primera de las naciones á sus pies ofreciéndole enagenada la corona de su genio.

Y, sin embargo, sentía el hastío. La gloria era para él amarga; el entusiasmo, vano; las pasiones encontradas en estos senderos de laureles, venenosas. Su alma devoraba ese disgusto de la realidad, contra el cual sólo tenía el poeta un refugio: lo ideal. Y práctico por excelencia, realista, hería la tierra con el pie, buscando el manantial de sus goces. Y el goce eterno para las almas grandes, la bienaventuranza, es la contemplación estática de una idea; y el trabajo, el combate diario por realizarla. Pero en Byron las ideas eran llamas vacilantes que ardían ó se apagaban al viento de sus pasiones. A estas dudas acomañaba la natural incertidumbre. No sabía qué pasión cultivar para encontrar la dicha serena, igual, que constituye uno de los encantos de la vida. Para la amistad era ya tarde, y, además, todos sus amigos de la infancia habían muerto. Para el matrimonio era temprano, y, además, ninguna mujer le atraía hasta el punto de poder entregarle su vida. «Maldición, decía; no podemos vivir con las mujeres, y tampoco podemos vivir sin ellas.» La duda era la serpiente que llevaba enroscada á su corazón, y que escupía veneno en todos sus placeres. Contra este mal crónico ideaba una mujer fantástica, de sobrenatural hermosura, en cuyos brazos descansara un momento. Pero era mentira, y le disgustaban las mentiras. Tras tal desencanto, volvía á la realidad, iba á la casa de un amigo casado, feliz, con hijos, á ver si aprendía, como en una escuela práctica, la felicidad doméstica. ¡Oh! No sabía las satisfacciones que tiene el mundo para los caracteres vulgares, cuando se imaginaba capaz de aprender lecciones prácticas de ventura doméstica. ¿Dónde encontrar por los senderos de la tierra el ángel de los ensueños? ¿En qué sociedad le darían un seguro contra las tempestades del alma? ¿Qué pararrayos descargará la nube del pensamiento? ¿Qué puerta ni qué cerrojo oponer á ese relámpago de las súbitas inspiraciones que culebrea por el cerebro y fatiga todos los nervios, haciéndolos estremecerse y temblar de dolor? ¿Qué medicina contra el genio, esa epilepsia del alma? ¿Sobre qué tierra descargar ese peso abrumador de la grandeza humana? La enfermedad de Byron era inmortal. Si no ha encontrado lo infinito, lo eternamente bello, en otro mundo mejor, todavía padecerá su alma la sed inextinguible que lo devora, y que fué su gloria porque fué su tormento. El amor correspondido pudo ser la felicidad del poeta. Solamente en él encuentra reposo el alma. El amor equilibra todas las facultades, dulcifica todas las pasiones, da el opio del grato olvido contra la adversidad, y un éxtasis que reduce la vida á un punto, al objeto amado, en el cual se reúne el universo. Ya no importa la duda, porque, al menos, tenemos una fe. Ya no importan las ingratitudes humanas, ¡porque tenemos, al menos, una

amistad. Ya no hay realidad de la vida que nos asuste, porque se convertirá en paraíso con la presencia de la mujer amada. Ni en la muerte nos va gran cosa con tal que nos encierren á los dos en el mismo sepulcro. Se han confundido dos almas, y en su confusión se ha creado un cielo. Hé aquí la ventura que buscaba lord Byron. Pero fué desgraciado, acaso porque sintió de la pasión el sacudimiento eléctrico y no el resplandor eterno. Tuvo algunos amores pasajeros. Tuvo una amistad con madame Staël, amistad más bien de inteligencia que de corazón, nacida de las extraordinarias proporciones de dos almas que se comunicaban sin comprenderse, y que mutuamente se gustaban sin amarse. Hay dos mujeres que han dejado en el alma de Byron inextinguible huella. Hay dos pasiones que han sido la clave de su destino; pasión adúltera la una, pasión legítima la otra; desgraciadas ambas, causas generadoras de todos sus infortunios. Carolina Lamb es la primera que emponzoñó sus días. Hija de una de las principales familias, educada para las letras, de nervioso temperamento, de imaginación exaltadísima, su amor á las lecturas románticas, su entusiasmo por la poesía habían exacerbado casi todas sus pasiones y dándole invencible inclinación por las aventuras. Fluye corriendo ponzoñosa siempre del error que consiste en no trazar la línea divisoria entre el mundo de la poesía y el mundo de la realidad. La joven era, pues, una heroína de novela. El marido, que sus padres le habían dado, no era idóneo para contrastar estas exaltaciones de una fantasía increíble, arrojada de continuo como cohete incendiario en medio de las realidades prosaicas de la vida. Pero aquel matrimonio fué algún tiempo feliz. Ora proviniese su felicidad de mutuo amor, ora de que ninguna ocasión había encendido la imaginación de Carolina, lo cierto es que sus días se deslizaban tranquilamente, en la paz doméstica. La joven leía sus escritos á una inteligente sociedad reunida en espaciosa biblioteca, y aquellas ocupaciones llenaban su vida, y aquellos aplausos satisfacían su ambición. Ningún matrimonio más feliz en Londres que este matrimonio. Pero cierta noche se encontraron Byron y Carolina en casa de lady Jersey. La joven se sintió herida súbitamente por aquella mirada de poeta. Ella, que tantas veces pintara el amor, no lo había sentido hasta aquel momento de perdición. Las fantasías de sus novelas se cristalizaron en una pasión que vino á ser toda su existencia. El magnetismo poderoso, que poseía como un talismán aquel genio extraordinario, la atrajo invenciblemente. Las fuertes alas del alma de Carolina quedaron pegadas al corazón de Byron. Ya desde aquel momento no hubo para ella arte, poesía, mundo, cielo, idea, vida, sino para el amor. No la había seducido; la había fascinado. Sin respirar, sin pensar, dirigíase hacia aquella pasión en cuyos círculos caliginosos iba á dejar la felicidad, la honra y la vida. El mundo le ofrecía toda suerte de atractivos, la riqueza, sus tesoros de placer, la sociedad su respeto, las letras su miel, el matrimonio su santa serenidad, tres hermosos hijos ese amor que debe rebosar en el corazón de una madre; y todo lo olvidó por su loca pasión. Nada vió, de nada se acordó; ninguna batalla sostuvo con su propia conciencia ni á ningún re-

mordimiento plegó su voluntad; la honra y hasta el pudor huyeron arrancados por aquel rayo que se desprendió rápidamente de un cielo sereno. Carolina creyó en aquella noche que desde toda una eternidad había sido predestinada para Byron, y que lanzarse en sus brazos era tan natural á su sér como á los cuerpos inertes buscar su centro de gravedad. El fatalismo sirve siempre para disculpar la voluntad ante la conciencia. Pero no se contentó con revelarse á su amado, se reveló al mundo. La Historia no recuerda un suicidio semejante de la honra. Nombre de su esposo, gloria de su familia, amor de sus hijos, los instintos más poderosos del alma, todo fué arrojado á las llamas de la pasión con estrépito, llamando loca y furiosamente al mundo para mostrar el crimen, y riéndose de la tonante voz de Dios, que debía resonar en su alma con la siniestra resonancia del remordimiento.

Byron naturalmente compartió por algún tiempo aquella pasión. No podía desasirse de unos brazos que le estrechaban fuertemente en la embriaguez del delirio. Pero pronto su corazón se congeló, y su voluntad no pudo corresponder á la voluntad de Carolina. Su pasión, si pasión hubo en él, se quedó consumida por el incendio como la mariposa por el fuego. Es muy difícil equilibrar la temperatura de dos corazones cuando uno de ellos arde vivo en una combustión extraordinaria. El menos apasionado se deshace y disipa en aquella temperatura como si fuera de hielo. Además, el castigo de los amores múltiples, cambiantes, el eterno castigo de los goces sensuales, que saltan de flor en flor, es la sociedad. Ninguna mujer puede fijar por mucho tiempo al que persigue á todas las mujeres. Ninguna pasión puede anidarse en el corazón que ha sustituido al sentimiento las sensaciones. Y Byron se hallaba entregado entonces á demasiadas aventuras para que pudiese aislarse del mundo en la contemplación de una sola mujer, la cual en su interior le adoraba extática. Carolina creía que, sacrificando familia, esposo, hijos, nombre, á los pies de su ídolo, conseguiría de sus sentimientos de justicia lo que acaso no podía esperar de sus sentimientos de amor. La sociedad se indignó ante tamaña tragedia. Las nobles inglesas perdonaban á Carolina su pasión, pero no le perdonaban el escándalo. Byron sentía sobre su alma un doble peso: aquella pasión no compartida por él, y aquel ridículo que sobre ambos caía. Pero, á medida que su amor bajaba, subía el amor de Carolina. Ciertamente, al comienzo novelesco de tales relaciones se fijó un poco en ellas. Carolina se presentó casa de Byron vestida de lacayo, diciéndose portador de una misiva. Inmediatamente la reconoció Byron. Pero aquella no era solamente una grande aventura, era una pasión devoradora, intensa, infinita, que venía á reclamar toda una vida, toda un alma. Carolina se había engañado tristemente. A los pocos días sus amantes brazos eran una cadena, cuyo peso no podía sufrir aquella individualidad de Byron, poderosa, libre, indócil á todo yugo y disgustada de todo placer; aquella individualidad, cuyas ideas cambiaban como los matices de un lago, cuyas pasiones giraban como los caprichos del viento. Aguijoneada por la pasión, desplegó Carolina toda la intensidad de su carácter exaltadí-